¿Quién es la Eucaristía?

La Eucaristía no es algo sino Alguien: es Jesús. Jesús es quien se nos regala continuamente cada vez que la Iglesia se reúne para celebrarle. Jesús es quien permanece en el Sagrario caminando en la historia de la humanidad hasta el final de los tiempos. Entrar en la Eucaristía es entrar en el ámbito de lo personal, de lo humano, de nuestras historias de cada día, compartidas con un Dios que se ha hecho amigo y compañero inseparable de nuestra vida.

El Amor de Dios hace nuevas todas las cosas

En esta frase podemos resumir el significado de la Eucaristía: cada palabra nos enseña algo de lo que Jesús quiere ofrecer a la Iglesia en este Sacramento. Vamos a ir reflexionando sobre ellas y a la vez, pidiendo al Espíritu de Dios que abra nuestra mente y nuestro corazón para, no sólo saber más, sino fundamentalmente, para amar más.

EL AMOR DE DIOS

No podemos entender la Eucaristía al margen del Amor de Dios. Es el lugar donde Jesús nos muestra de forma más palpable y más intensa lo que Él hace por nosotros y cómo ha amado a cada ser humano de la tierra. ¿Por qué? Porque la Eucaristía es:

- Sacramento Sacrificio: es la actualización de la Pascua del Señor, su muerte y resurrección. La entrega de Cristo que se realizó hace casi dos mil años es la que se hace presente cada vez que se celebra la Eucaristía en la que Jesús, por amor y sólo por amor, ofreció su vida preciosa por nosotros. No celebramos lo que pasó, no hacemos un recuerdo ni una memoria de algo pasado. En cada Misa, como si fuera una máquina del tiempo, nos trasladamos al Calvario, a la Pasión del Señor... tocamos su Cuerpo entregado y su Sangre derramada.
- Sacramento Comunión: en la Eucaristía Jesús nos regala su Cuerpo y su Sangre bajo las apariencias del pan y del vino consagrados. La vida que nosotros no somos capaces de vivir Él nos la regala, como nos recuerda en el discurso del Pan de vida: *el que come mi carne y bebe mi sangre vivirá por mí* (Jn 6, 57).
- Sacramento Presencia: la Fe de la Iglesia nos lleva a reconocer en el pan y vino consagrados al mismo Jesús realmente presente en su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. No es un símbolo de Cristo... sino Él mismo, resucitado, tan auténtico como está en el cielo. Jesús se ha quedado con nosotros y permanece como amigo y compañero de camino hasta el final de los tiempos.

Recordemos que **la Eucaristía fue instituida por el Maestro en la noche de su Pasión**, en la Última Cena. Fue ahí y no en otra escena de su vida. Esto es un dato importante para comprender el Amor que Él ha puesto al regalarnos este Sacramento. Si entramos en el Corazón de Jesús, en sus sentimientos en ese momento crucial de su vida comprenderemos también como éste es el **Sacramento del Amor de Dios** y la más maravillosa de las obras de Cristo.

El Amor de Dios HACE...

Es Dios quien hace, Él toma la iniciativa, la Eucaristía es un **regalo** de Jesús para nosotros. Para vivir la Eucaristía necesitamos entrar en el ámbito de la gratuidad cayendo en la cuenta de que somos beneficiarios de algo grande que podemos agradecer y no sentir tanto que es Dios quien me tiene que premiar a mí cuando voy a Misa.

Ahora bien, sólo agradecemos un regalo cuando nos hace ilusión porque es algo que necesitábamos en nuestra vida. Si no lo vemos así, por importante y valioso que sea lo que se pone en nuestras manos, sentiremos indiferencia.

¿Necesitamos la Eucaristía?

Si la Eucaristía es Cristo vivo entre nosotros, la pregunta es todavía más profunda: **¿necesitas a Cristo? ¿sientes hambre y sed de Cristo?** Más todavía: **¿sientes el deseo de ser feliz y luchas por cumplirlo?**

Quizá estas preguntas nos ayudan a entender el valor del regalo, para saber si sentimos la Eucaristía como un don o como una obligación o un ritual de los cristianos que no tiene que ver con nuestra vida concreta. **Sólo el que descubre la necesidad de Cristo puede entender el regalo impresionante de este Sacramento** y entonces, convertirlo en el centro del día a día.

Jesús no ha querido simplemente quedarse con nosotros en su Palabra, en las personas o en la intimidad de la oración. Todo esto está muy bien pero **Él es de carne y hueso**. Esta humanidad del Señor que asumió en la Encarnación es la que tocamos en la Eucaristía. Cuando le adoramos en su Cuerpo y Sangre entramos en este Misterio donde Dios ha bajado del cielo y a abrazado nuestra realidad humana hasta las últimas consecuencias; **no es un Dios para imaginar sino para tocar y gustar...** y disfrutar a nuestro lado.

Desgraciadamente, la Fe cristiana se entiende en muchos casos como un simple catálogo de conducta. Se escucha decir: "Jesús ha venido para que seamos buenos" o "Jesús ha venido para enseñarnos a vivir". De esta manera hemos convertido al Señor en un Maestro de moral vaciando el cristianismo de Espíritu y de gracia para convertirlo en una escuela ética. **Dios se ha hecho hombre para SALVAR** y esto va mucho más allá de entender al Señor como un simple ejemplo de vida. Dios se encarna para ofrecer una **amistad, una comunión con Él** que hace que el ser humano pueda alcanzar la **felicidad**, recibiendo el perdón, la paz, la sanación física e interior, la esperanza y la capacidad de amar incluso a los que no nos aman. De esta manera se lleva a término el plan de Dios sobre cada persona, teniendo como meta la Comunión perfecta con Dios y con los demás en el cielo. Si el Señor sólo ha venido para ser un **maestro de valores** directamente se podía haber ahorrado la Encarnación... con darnos un libro explicativo nos habría sido suficiente.

Pensemos en lo siguiente: **¿estás dispuesto a dejarte SALVAR? ¿te es fácil pedir ayuda y dejarte ayudar? ¿aceptas sentirte necesitado de otro o prefieres hacer las cosas por ti mismo aún sabiendo que no puedes?**

Cristo es un regalo para la persona que no le importa, con sencillez y realismo, aceptar la ayuda del otro cuando está necesitado. Esto nos hace dependientes del Señor y de los demás. Cierto. Pero también es el camino para alcanzar, **JUNTOS**, las metas más maravillosas que llevamos escritas en el deseo de nuestro corazón. Es una interdependencia sana y humana, porque queramos o no, somos una familia y no una soledad dando vueltas por el mundo.

Ser salvado, en el fondo, es recibir la capacidad para vivir cuatro actitudes fundamentales que nos ponen en el camino de la alegría: **ADORAR, RECONCILIAR, PEDIR Y AGRADECER**. Estas 4 actitudes responden a los **4 fines de la Misa** por los que Jesús se ofrece al Padre y con Cristo nos ofrecemos nosotros.

-Fin latréutico: unidos a Cristo en la Misa ofrecemos a Dios todo honor y toda gloria. Es la **máxima expresión de la adoración al Padre**.

Aprender a ADORAR es fundamental en la vida. Saber que sólo Dios es Dios y nosotros hijos pequeños en sus manos. Muchos quebraderos de cabeza suceden en el día a día cuando vivimos más allá de nuestras fuerzas, pretendiendo ser lo que no somos capaces de ser. En la Misa nos unimos a la Adoración de Cristo al Padre, como niños que se unen a Jesús para disfrutar de la confianza y la libertad de los que se saben amados y cuidados por Dios. Esto purifica también nuestra Fe, en la que muchas veces buscamos al Señor sólo para que Él nos de cosas... En la Adoración aprendemos a amar a Dios porque es Dios, porque es bueno, porque es maravilloso y no tanto por los beneficios que esperamos.

-Fin expiatorio: Jesús se ofrece para el **perdón de los pecados** regalando al mundo toda reconciliación y paz.

El perdón es algo propio de Dios y perdonar es su estilo, su manera de hacer y de relacionarse. Jesús se ofrece en la Santa Misa, en el Sacrificio de la Cruz, para la Reconciliación, **pagando toda la deuda** que provoca el pecado. ¿Alguna vez te has sentido en deuda, con Dios o con los demás, por algo mal que has hecho o por un bien que no has llegado a hacer? En la Misa se paga toda deuda; Jesús la paga por ti. **¡Siéntete libre y en paz!** La Eucaristía nos regala la capacidad también para vivir el día a día al estilo de Dios: amar sin llevar cuentas del mal, sin hacer cuentas de lo que lo demás nos deben o debemos a los demás... ¡sin hipotecas! **GRATUIDAD.**

-Fin impetratorio: Jesús se ofrece **pidiendo al Padre** todo lo que necesitamos para ser felices y caminar hacia el cielo.

Pedir no es fácil y menos pedir con Fe. Por eso Jesús se pone en nuestro lugar para pedir al Padre y como Él enseña *todo lo que pidáis al Padre en mi Nombre Él os lo concederá* (Jn 14,13). Esto se cumple en la celebración de la Misa. Si nuestra fe es débil, si no somos constantes, si no sabemos pedir, nos unimos a la oración de Cristo y en esta oración de Jesús, de valor infinito, nos descansamos. ¿Así de fácil? ¿Y por qué no? Lo difícil muchas veces es el camino de elegir que Jesús lo haga fácil reconociendo nuestra incapacidad. En la Misa Cristo pone voz a nuestras palabras, o mejor, pone palabras ante Dios a los sentimientos más profundos de nuestro corazón, pidiendo lo que más conviene.

-Fin eucarístico: Jesús en su Sacrificio da gracias al Padre por todos los bienes con los que Dios nos bendice. Dar gracias es algo bello o como decimos en el Prefacio de la Misa, *es justo y necesario, es nuestro deber y salvación*. Dar gracias mantiene sano el corazón del hijo que reconoce todo lo bueno con lo que el Padre le rodea cada día evitando así cualquier orgullo o autosuficiencia.

Vivir en acción de gracias es un verdadero cambio de mentalidad. Aprendemos a valorar todo lo bueno y bello que nos rodea y afrontamos la vida con una mirada positiva y esperanzadora. La gratitud es respuesta al amor y a la vez lo fomenta.

El Amor de Dios hace NUEVAS TODAS LAS COSAS

- **En relación al Padre.** Dice Jesús: *nadie va al Padre sino por mí* (Jn 4,6). En nuestra Fe tenemos que recordar que el acceso a Dios es a través de Jesucristo. Sin Jesús nos hacemos un Dios a nuestra medida. Gracias a Cristo somos hijos de Dios, el Señor comparte su relación preciosa con el Padre y somos colmados del *espíritu de hijos adoptivos que nos hace gritar: ¡Abbá! (Padre)* (Rom 8,15). Esto es una auténtica novedad a la que entramos por medio del Bautismo y que se renueva en la Eucaristía, donde comulgamos en el Hijo y participamos de todos los bienes con los que Dios le llena.
- **En relación a los hermanos.** La Eucaristía nos convierte en familia, formando la Iglesia, que también recibe el nombre de Cuerpo de Cristo. Al unirnos en la celebración y comulgar a Jesús se fortalecen los lazos del bautismo, donde de alguna manera unos y otros nos convertimos en *hueso de mis huesos y carne de mi carne* (Gn 2,23) en el Cuerpo y la Sangre del Señor. No es una unidad simbólica, sino que toda a lo profundo del ser de la persona donde todo lo que sucede a mi hermano es como si me sucediera a mí y lo que yo vivo repercute en mi hermano... lo que llamamos la **comuni3n de los santos**.
- **En relaci3n a uno mismo.** Hay un regalo sobresaliente de la Eucaristía que es la **libertad**. Si la primera Pascua, en el Antiguo Testamento, fue la liberaci3n del pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, la nueva y definitiva Pascua de Jesús, su muerte y resurrecci3n que se actualiza en la Eucaristía, es el paso liberador de Dios por nuestra vida. Liberados de la esclavitud del pecado, del ego que nos absorbe hacia nosotros mismos para lanzarnos a los brazos del Padre y al servicio hacia nuestros hermanos. **Libres para amar como Jesús y en Jesús**. Libres de todo aquello que apesadumbra nuestra vida para experimentar la **paz y la alegría** de ser nuevas creaturas en Cristo. La semilla del Bautismo se riega y se cuida, alimentada en la Sangre Eucarística de Jesús.

¡ALELUYA!

ALEGRÍA. Este es un fruto precioso de la Fe cuando de verdad reconocemos que Jesús está vivo y es el Señor. La Iglesia **celebra** la Eucaristía, hace fiesta permanente por el triunfo de Cristo. Aún cuando la Misa es en sufragio por los difuntos o Cuaresma o tenga carácter penitencial **nunca es triste** porque celebramos la victoria del Señor.

El Espíritu Santo nos lleva a esta mirada de Fe cuando nos reunimos en torno al Altar porque vamos a ser testigos de algo muy grande: Jesús en su muerte y resurrección ha hecho nuevas todas las cosas. Se cumple su Palabra: *vuestra tristeza se convertirá en alegría* (Jn 16,20).